



unánimes

Estudios bíblicos

R: La vida de Jesús

09.- Prisión y muerte de Juan

Para comentarios y dudas: www.unanimes.org/foro/
03/01/2020



unanimos

Estudios Bíblicos

R.09.- Prisión y muerte de Juan

1. Introducción

Juan era un predicador del juicio venidero. El tema de su predicación era "arrepentirse" y gran parte de sus sermones tenían que ver con el pecado y la desobediencia del pueblo. No hablaba de la iglesia ni del amor de los hermanos u otras cuestiones, era un predicador de un tema. Se dirigió al hombre común, a los soldados romanos, a las prostitutas, a los empresarios, incluso a los líderes religiosos y sus pecados. Se metió en problemas cuando se involucró en los asuntos del rey. En aquel entonces Herodes era tetrarca de Galilea y su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite. Herodes había robado a la esposa de su hermano y se había divorciado de la suya para casarse con ella (era su sobrina). Juan declaró públicamente que esto iba en contra de la Ley y Herodes necesitaba arrepentirse. Esto causó vergüenza a Herodes y a su esposa, Herodías. La continua acusación de Juan disminuiría su posición con la gente (lo cual no era muy bueno para empezar). Con el fin de silenciarlo y evitar que agitara la mala publicidad, Herodes lo puso en prisión.

2. Prisión de Juan el Bautista

Localización: El Sur, Maqueronte, Perea. Texto de referencia: Lucas 3:19-20

Entonces Herodes, el tetrarca, era reprendido por Juan a causa de Herodías, mujer de Felipe su hermano, y por todas las maldades que Herodes había hecho. Sobre todas ellas añadió además esta: encerró a Juan en la cárcel.

Como a menudo ocurre, el relato de Lucas aquí no es cronológico. Juan el Bautista probablemente inició su ministerio a mediados del año 26 d.C., pudo haber sido encarcelado a fines del año 27 d.C. y llevado a la muerte aproximadamente a comienzos del año 29 d.C. Esto significaría que los ministerios de Jesús y de Juan coincidieron por más o menos un año (fines del 26 a fines del 27). ¡Sin habernos dicho aun nada acerca del ministerio de Jesús, Lucas nos habla ya de Juan en la cárcel!

El relato de Lucas si bien no siempre es cronológico, es lógico. El desea completar la historia del ministerio de Juan para escribir luego la historia del ministerio de Cristo. Sin duda, no puede haber objeción a ello. Esto no significa que Lucas jamás vuelva a mencionar a Juan. Hay referencias a Juan el Bautista más adelante en su evangelio. Pero la historia del ministerio activo de Juan como un hombre libre termina aquí.

3. El incesto/adulterio y la prisión

Herodías era hija de Aristóbulo, hijo que Herodes el Grande tuvo con Mariamne I. Herodías se había casado con su medio tío (medio hermano de su padre) Herodes Felipe, un simple ciudadano, hijo de Herodes el Grande con Mariamne II. Herodes Felipe no debe confundirse con su medio hermano Felipe el tetrarca.

Ahora bien, en una visita que Herodes Antipas, otro medio hermano, hizo a Herodes Felipe, se enamoró locamente de Herodías. Los dos amantes ilícitos acordaron separarse de sus cónyuges presentes, Herodías de Herodes Felipe y Herodes Antipas de la hija de Aretas, rey de la Arabia Nabatea, y casarse. Y esto hicieron. Cuando Juan el Bautista oyó de esto reprendió a Herodes Antipas. Y lo hizo reiteradamente. Había buenas razones para la reprensión, puesto que tal matrimonio era incestuoso. ¿No era también adúltero? Naturalmente Herodías sabía muy bien que siempre que Juan reprendía al tetrarca, por referencia estaba también denunciándola a ella. Así que ella insistía en que Juan fuese muerto.



En cuanto a Herodes mismo, no había hacia el acusador una actitud decidida de odio. En realidad, había en Juan ciertas cualidades que admiraba. Por otra parte, tenía que “tolerar” a la mujer que ahora consideraba su esposa, y cuyo corazón hervía con una venganza absoluta y salvaje. Parecía imposible el no concederle sus deseos. De modo que buscó el camino del medio. Arrestó a Juan, lo puso en cadenas y lo encarceló en una terrible, profunda y sofocante mazmorra que formaba parte de la fortaleza en Maqueronte.



4. Las dudas de Juan el Bautista

Localización: El Sur, Maqueronte, Perea. Textos de referencia: Mateo 11:2-19 Lucas 7:18-28

Los discípulos de Juan le dieron las nuevas de todas estas cosas. Y llamó Juan a dos de sus discípulos, y los envió a Jesús para preguntarle: «¿Eres tú el que había de venir o esperamos a otro?».

Cuando, pues, los hombres vinieron a él, le dijeron:

—Juan el Bautista nos ha enviado a ti para preguntarte: “¿Eres tú el que había de venir o esperamos a otro?”.

En esa misma hora sanó a muchos de enfermedades, plagas y espíritus malos, y a muchos ciegos les dio la vista. Respondiendo Jesús, les dijo:

—*Id, haced saber a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados y a los pobres es anunciado el evangelio; y bienaventurado es aquel que no halle tropiezo en mí.*

Cuando se fueron los mensajeros de Juan, comenzó a hablar de Juan a la gente:

—*¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? ¿O qué salisteis a ver? ¿A un hombre cubierto de vestiduras delicadas? Pero los que tienen vestidura preciosa y viven en deleites, en los palacios de los reyes están. Entonces ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que profeta. Este es de quien está escrito:*

“Yo envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti”.

Os digo que entre los nacidos de mujeres no hay mayor profeta que Juan el Bautista; y, sin embargo, el más pequeño en el reino de Dios es mayor que él.

5. El encargo

Los discípulos de Juan le dieron las nuevas de todas estas cosas. Y llamó Juan a dos de sus discípulos, y los envió a Jesús para preguntarle: «¿Eres tú el que había de venir o esperamos a otro?».

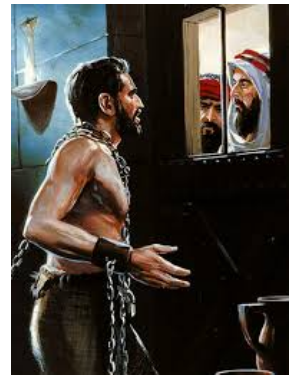
Cuando, pues, los hombres vinieron a él, le dijeron:

—*Juan el Bautista nos ha enviado a ti para preguntarte: “¿Eres tú el que había de venir o esperamos a otro?”.*

En el párrafo precedente ha relatado la historia de la resurrección del hijo de la viuda. En este párrafo cita las palabras de Jesús: “Los muertos están resucitando”. Así que la relación es clara. La noticia acerca del gran milagro de Naín se ha esparcido ampliamente, alcanzando a la prisión donde tenían custodiado a Juan el Bautista. Resultado: la pregunta de éste.

Juan el Bautista había sido encarcelado por el rey Herodes Antipas. Había sido encerrado en la lúgubre fortaleza de Maqueronte. Aun cuando el encarcelamiento tiene que haber sido un sufrimiento muy duro, a Juan se le permitía recibir visitas, incluidos sus propios discípulos. Por ellos había sabido de las actividades de Jesús, el mismísimo de quien Juan el Bautista había dicho tantas cosas maravillosas.

Así que, el mensajero encarcelado puede haberse estado preguntando: “Si Jesús es tan poderoso, ¿por qué no hace algo tocante a mi encarcelamiento?” Pero especialmente, según Juan lo veía, las palabras de gracia que salían de los labios del Salvador y los milagros de misericordia que realizaba no armonizaban con el modo que él, el Bautista, lo



había descrito ante el público. Lo había presentado como quien había venido a castigar y a destruir.

Las palabras de Juan habían sido verdaderas e inspiradas, la mismísima “palabra de Dios”. Sin embargo, lo que el heraldo de Cristo no captó era esto: no había podido discernir que la profecía de juicio no se cumpliría ahora, sino en la segunda venida de Cristo. No había visto el presente y el futuro en una perspectiva correcta.

Juan hizo una decisión muy sabia cuando, en vez de guardarse para sí la dificultad que tenía acerca de Jesús, o de conversar al respecto con otros, pero no con la persona adecuada, la planteó a Jesús. Debido al hecho de estar en la cárcel, por lo que no podía ir personalmente a ver a Jesús, el Bautista le envió un mensaje por medio de dos de sus propios discípulos.

6. La manera en que Jesús respondió

En esa misma hora sanó a muchos de enfermedades, plagas y espíritus malos, y a muchos ciegos les dio la vista. Respondiendo Jesús, les dijo:

—Id, haced saber a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados y a los pobres es anunciado el evangelio; y bienaventurado es aquel que no halle tropiezo en mí.

Los emisarios de Juan el Bautista llegaron exactamente en el momento oportuno, justamente cuando Jesús estaba mostrando su amor y su poder sanador. Notemos la palabra “muchos”: Jesús sanó a “mucha gente” ... a “muchos” ciegos les dio la vista. Esto fue, en consecuencia, otra ocasión de múltiples curaciones.



En primer lugar, se mencionan las enfermedades, palabra que indica cualquier condición en que el cuerpo o la mente carece de salud. Sigue la palabra “plagas”, con énfasis en la naturaleza dolorosa de la aflicción y expulsión de “espíritus malos”. Los “ciegos” reciben mención especial. Así que vemos que las tres categorías eran objeto de la compasión de Cristo y fueron afectadas por su poder sanador: los enfermos, los endemoniados y los inválidos, aquí representados por los ciegos.

Repetidas veces los Evangelios hacen mención de los ciegos. Debe haber habido muchos que se encontraban afligidos de este modo. En aquel tiempo el conocimiento de las causas de la ceguera estaba en el nivel cero y aun no se apreciaba la importancia de las condiciones sanitarias ni se habían descubierto las medidas preventivas. Todo esto indica

cuán gran Salvador era y es Jesús. No sabemos exactamente cómo sanó todas las enfermedades, dolencias, etc. No se puede explicar en términos de la ciencia física. Gozosos, lo recibimos por fe.

Entonces se dice a los emisarios de Juan que regresen y cuenten a Juan lo que ellos mismos han presenciado (visto y oído): los ciegos están recibiendo la vista, los cojos están caminando, etc.

“(Los) muertos resucitan” es un eco de lo ocurrido en Naín. Esto es verdaderamente el clímax; aquí debe terminar la oración, porque no puede haber una obra más maravillosa o más grande que la resurrección de los muertos. Así podríamos razonar nosotros. Pero el evangelista inspirado que está relatando las palabras de Cristo lo sabe mejor. La resurrección de muertos no es el clímax. Hay algo aun mayor, a saber, “a los pobres se les está predicando el evangelio”. Esa es la mayor de todas las obras.

Todas estas cosas debían ser informadas a Juan, para que se le desvanecieran todas las dudas. ¿En qué sentido era alentadora esta respuesta? ¿No es así, que Juan ya sabía todo esto y que ese mismo hecho de saberlo había contribuido mucho a su duda? Sí, es verdad, pero lo nuevo era la forma de expresarlo. ¿O era nuevo de verdad? Era “nueva” en el sentido que los amigos que habían usado este tipo de formulación. Por otra parte, el mensaje según Jesús lo envía tiene un tono conocido. Debe haber hecho que Juan recordara algunas predicciones proféticas, a saber:

Isaías 35:4-6

Decid a los de corazón apocado:

«¡Esforzaos, no temáis! He aquí que vuestro Dios viene con retribución, con pago; Dios mismo vendrá y os salvará».

Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos y destapados los oídos de los sordos. Entonces el cojo saltará como un ciervo y cantará la lengua del mudo...

Isaías 61:1-2

El espíritu de Jehová, el Señor, está sobre mí, porque me ha ungido Jehová.

Me ha enviado a predicar buenas noticias a los pobres, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos y a los prisioneros apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová...

Es como si Jesús con mucha ternura estuviera diciendo a Juan: “¿Recuerdas estas profecías? Todo esto también se dijo acerca del Mesías. Y todo esto se está cumpliendo hoy, esto es, en mí”.

En relación con estas palabras proféticas y su cumplimiento en Jesús, cabe hacer notar dos hechos adicionales:

- a. Isaías se había referido tanto a los milagros como a la predicación; el mensaje de Cristo a Juan también contiene una referencia a ambas cosas
- b. el cumplimiento en Cristo fue aun mejor que la predicción, porque en ésta ninguna palabra aparecía respecto de limpiar leprosos y de resucitar muertos.

El mensaje dirigido a Juan termina con estas palabras: *y bienaventurado es aquel que no halle tropiezo en mí*. Es una advertencia muy, pero muy suave. Jesús no regaña a Juan por haber preguntado: “¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?” En cambio, hace presente a este seguidor vacilante que hay una bendición especial para el que no cae en esta trampa sino sigue, por la gracia de Dios, confiando.

El Señor trata a Juan con la misma ternura que trató al ciego de nacimiento, a la mujer sorprendida en adulterio, a Pedro, a Tomás, etc. En vista del hecho de que Jesús prosigue a elogiar a Juan públicamente, y a reprender a los que criticaban tanto al heraldo como a Aquel de quien daba testimonio. Debe estimarse con certeza que el mensaje de Jesús tuvo el efecto deseado sobre Juan. Pero es la sabiduría y la ternura de Jesús lo que se destaca en este mensaje de aliento dirigido a Juan.

7. El mensaje de Jesús a la gente

Cuando se fueron los mensajeros de Juan, comenzó a hablar de Juan a la gente:

—¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? ¿O qué salisteis a ver? ¿A un hombre cubierto de vestiduras delicadas? Pero los que tienen vestidura preciosa y viven en deleites, en los palacios de los reyes están. Entonces ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que profeta. Este es de quien está escrito:

“Yo envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti”.

Os digo que entre los nacidos de mujeres no hay mayor profeta que Juan el Bautista; y, sin embargo, el más pequeño en el reino de Dios es mayor que él.

El tierno amor de Jesús también se muestra en su defensa de Juan, defendiendo su honor delante de la multitud. Ya se habían retirado los mensajeros de Juan, por lo menos ya iban en camino. Entonces Jesús hace una serie de preguntas a la multitud que tienen que ver con la relación de ellos con Juan en los primeros días, en comparación con ahora.

Aquí Jesús corrige la conclusión errónea que algunas personas podrían sacar respecto de Juan debido a la pregunta en que había revelado su duda acerca de Aquel a quien había señalado anteriormente como el Mesías. La conclusión contra la que advierte, en forma implícita, es que Juan sea una persona voluble, vacilante. Tomado en conjunto, el Señor

está diciendo en este párrafo que no es correcto condenar a una persona con base en una sola desviación del curso correcto.

Para formarse una opinión verdadera de un hombre, hay que tomar en cuenta toda la vida de ese hombre, tanto su pasado como su presente. En el caso de Juan, ese pasado había sido glorioso. La gente debiera reflexionar en el tremendo impacto que el Bautista había causado en ellos mismos en sus primeras presentaciones en el desierto del Jordán. Es como si Jesús les dijera: “¿Qué es lo que os hizo viajar todo ese camino desde Galilea hasta el desierto de Judea? —¿*Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento?*” Por cierto, esa no pudo haber sido la razón. La persona de la cual todos hablaban parecía una recia encina, no una caña temblorosa. Jesús da por sentado que la respuesta a la pregunta formulada es “Por cierto que no. Definitivamente no salimos al desierto a ver una caña sacudida por el viento”.

Entonces prosigue: *¿Pero qué salisteis a ver? ¿Un hombre vestido con ropa fina?* Nuevamente la respuesta debe ser una firme negativa, como deja en claro Jesús al continuar: *Pero los que tienen vestidura preciosa y viven en deleites, en los palacios de los reyes están.* Los que llevan ropas “finas” son personas volubles, adulonas que prestamente hincan la rodilla en el suelo ante quienes detentan la autoridad y son recompensados con altos cargos en el palacio real, posición que les permite andar lujosamente ataviados y vivir en la lujuria en conformidad con la elevado posición que han alcanzado en la vida.

La gente a la que se dirige Jesús sabe muy bien que Juan es una persona completamente diferente. En vez de adular al rey, lo había reprendido. En consecuencia, ahora, en vez de disfrutar una alegre vida palaciega, estaba encerrado en una horrenda mazmorra. Además, en el tiempo cuando Juan el Bautista aun estaba en libertad y predicando en el desierto, la gente en su gran mayoría ni siquiera había pensado en hallar faltas en su severo mensaje ni en su rústica apariencia.

Continúa: *Entonces ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que profeta.* El Señor responde su propia pregunta, y al hacerlo da una verdadera valoración de Juan y quiere decir: “Sí, salisteis a ver a un profeta, y os aseguro que él es aun más que un profeta”. “Más que un profeta” porque Juan no solamente profetizaba, sino que él mismo había sido objeto de la profecía. El mismo era el precursor del Mesías. Por lo tanto, Jesús continúa: *Este es de quien está escrito: “Yo envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti”.*

Aquí Jesús cita al profeta Malaquías: *Yo envío mi mensajero para que prepare el camino delante de mí...* Al aplicar el texto aquí es como si dijera: “Tomad nota, Yo, Jehová, envío

mi mensajero Juan el Bautista, para que sea el precursor del Mesías. La tarea del precursor es preparar todo, especialmente los corazones de la gente... para su venida”.

Fue en una forma maravillosa que Juan el Bautista cumplió su tarea como heraldo. Por eso Jesús puede continuar como sigue: *Os digo que entre los nacidos de mujeres no hay mayor profeta que Juan el Bautista...*

Como ya se ha indicado, Juan era mayor porque no solamente fue un profeta sino uno cuya aparición sobre el escenario de la historia había sido predicho. Sin embargo, bien se podría preguntar si esto es todo lo que Jesús quiso decir cuando hizo la tremenda declaración que se encuentra aquí y que es introducida con la fórmula, “Os digo”. ¿No es muy probable que el Señor estuviera pensando no solamente en el hecho sencillo que Juan el Bautista, el heraldo, llegara en cumplimiento de la profecía, sino también a la manera maravillosa en que el precursor había cumplido su tarea?

Había hecho exactamente lo que tiene que hacer un heraldo. Primero, había anunciado en forma muy clara la llegada del Mesías, dirigiendo la atención de la gente hacia el Excelso: “He aquí el Cordero de Dios que está quitando el pecado del mundo”. En segundo lugar, había enfatizado la necesidad de la conversión (incluido el arrepentimiento) como la única manera en que el pecador puede entrar en el reino mesiánico. Y en tercer lugar, puesto que es deber del heraldo quedar en el segundo plano cuando ya ha entrado plenamente en el escenario aquel a quien ha anunciado, así Juan había resistido la tentación de llamar la atención hacia su propia persona. En cambio, con humildad de espíritu había dicho: “Es necesario que él crezca y que yo disminuya”.

A esto Jesús añade: *y, sin embargo, el más pequeño en el reino de Dios es mayor que él*. El más pequeño en el reino era mayor que Juan en el sentido que era más altamente privilegiado, porque el Bautista encarcelado no estaba en un contacto tan estrecho con Jesús como el menor de ellos.

8. La muerte de Juan el Bautista

Localización: El Sur, Maqueronte, Perea. Textos de referencia: Mateo 14:1-12, Marcos 6:14-29

Oyó el rey Herodes la fama de Jesús, porque su nombre se había hecho notorio, y dijo:

—Juan el Bautista ha resucitado de los muertos, y por eso actúan en él estos poderes.

Otros decían: «Es Elías». Y otros: «Es un profeta, como los profetas antiguos».

Al oír esto, Herodes dijo:

—Este es Juan, el que yo decapité, que ha resucitado de los muertos.

El mismo Herodes había enviado a prender a Juan, y lo había encadenado en la cárcel por causa de Herodías, mujer de Felipe, su hermano, pues la había tomado por mujer, porque Juan había dicho a Herodes: «No te está permitido tener la mujer de tu hermano». Por eso, Herodías lo acechaba y deseaba matarlo; pero no podía, porque Herodes temía a Juan, sabiendo que era un hombre justo y santo, y lo protegía. Cuando lo oía, se quedaba muy perplejo, pero lo escuchaba de buena gana. Llegó el día oportuno cuando Herodes, en la fiesta de su cumpleaños, daba una cena a sus príncipes y tribunos y a los altos dignatarios de Galilea. Entró la hija de Herodías y danzó, y agradó a Herodes y a los que estaban con él a la mesa. El rey entonces dijo a la muchacha:

—Pídemelo que quieras y yo te lo daré.

Y le juró:

—Todo lo que me pidas te daré, hasta la mitad de mi reino.

Saliendo ella, dijo a su madre:

—¿Qué pediré?

Y esta le dijo:

—La cabeza de Juan el Bautista.

Entonces ella entró apresuradamente ante el rey, y pidió diciendo:

—Quiero que ahora mismo me des en un plato la cabeza de Juan el Bautista.

El rey se entristeció mucho, pero a causa del juramento y de los que estaban con él a la mesa, no quiso desairarla. En seguida el rey, enviando a uno de la guardia, mandó que fuera traída la cabeza de Juan. El guarda fue y lo decapitó en la cárcel, trajo su cabeza en un plato y la dio a la muchacha, y la muchacha la dio a su madre.

Cuando oyeron esto sus discípulos, vinieron y tomaron su cuerpo, y lo pusieron en un sepulcro.

9. La narrativa inicial

Esta historia se introduce sin ninguna referencia temporal; es decir, no tenemos información sobre cuánto tiempo después de los sucesos ya relatados, llegaron a Herodes las noticias relativas a los poderes milagrosos que tenía Jesús. No obstante, podemos inferir de las palabras “Juan el Bautista se ha levantado de entre los muertos” que aquí hemos llegado a un período que se extiende más allá de la ejecución de Juan, la cual a su vez, ocurrió probablemente meses después del comienzo de su encarcelamiento. Es probable que el asesinato del heraldo de Cristo ocurriera en, o cerca del comienzo del año 29 d.C.

La sección precedente del Evangelio de Marcos nos ha indicado que, a la voz de Cristo, incluso los enfermos sin esperanza se curaban de repente y completamente, los leprosos quedaban limpios, las tempestades se calmaban, los demonios eran expulsados, y una niña que había muerto volvió a la vida. Por ello, no es de extrañar que el nombre y la fama de

Aquel que había realizado todo esto se hubiesen hecho bien conocidos. Lo que sí resulta algo extraño es que hubiese transcurrido tanto tiempo sin que las noticias hubiesen llegado a oídos de Herodes. Una explicación posible podría ser que el palacio donde él estaba entonces, probablemente Maqueronte, en la orilla oriental del mar Muerto, se hallase demasiado lejos de Capernaum para que las noticias le hubiesen llegado antes.

El rey oyó acerca de “los poderes milagrosos” de Jesús. Los informes que le llegaron representaban tres opiniones:

- a. Algunas personas estaban convencidas de que Jesús era Juan el Bautista que había vuelto a la vida. Esto puede parecer raro, ya que las Escrituras en ningún lugar atribuyen milagros al Bautista. Pero es probable que este grupo tuviera a Juan en tan alta estima, que le atribuyesen la capacidad de realizar milagros.
- b. Otro grupo decía, “Es Elías”. ¿No había predicho Malaquías el retorno de Elías como precursor del Mesías?
- c. Pero el tercer grupo, sin querer ser tan definido, estaba convencido de que Jesús era uno de los grandes profetas del Antiguo Testamento.

El rey tal vez después de alguna vacilación, aceptó la primera de estas tres opiniones.

10. El inicio de la narrativa de la muerte de Juan

Al oír esto, Herodes dijo:

—Este es Juan, el que yo decapité, que ha resucitado de los muertos.

Esta fue la respuesta de su mórbida y febril imaginación, influenciada por una conciencia culpable. Herodes declaró: “*Este es Juan, el que yo decapité, que ha resucitado*”, y Marcos comprende que esta declaración requiere explicación y ampliación. Por tanto, aquí procede a relatar la historia del encarcelamiento y ejecución del Bautista:

El mismo Herodes había enviado a prender a Juan, y lo había encadenado en la cárcel por causa de Herodías, mujer de Felipe, su hermano, pues la había tomado por mujer, porque Juan había dicho a Herodes: «No te está permitido tener la mujer de tu hermano». La explicación de este texto en relación con el encarcelamiento de Juan se encuentra al inicio del estudio.

11. El deseo de Herodías y la protección de Herodes

Por eso, Herodías lo acechaba y deseaba matarlo; pero no podía, porque Herodes temía a Juan, sabiendo que era un hombre justo y santo, y lo protegía. Cuando lo oía, se quedaba muy perplejo, pero lo escuchaba de buena gana.

Varios elementos conformaban el estado mental de Herodes, según se describe aquí:

- a. **Deseo de estar en paz con Herodías.** Por causa de ella había encadenado a Juan y le había encerrado en una terrible, profunda, y calurosa mazmorra que formaba parte del castillo-palacio en Maqueronte (en griego Machaerus).
- b. **Temor reverente en presencia de Juan.** Herodes sabía que Juan no sólo era “inocente” de cualquier crimen sino también que era una persona excelentísima, “justa”, es decir, objeto de la aprobación de Dios, y “santa”, es decir, un hombre de conducta intachable, separado y consagrado a Dios y a su servicio.
- c. **Alegría cada vez que escuchaba a Juan.** Se podría decir, “El gobernante admiraba a su acusador”. Esta admiración quizá se debía al hecho de que Juan no era como los aduladores que comúnmente se hallan en compañía de los gobernantes; aquí había un hombre que se atrevía a hablar lo que pensaba. ¿Era la elocuencia humana de Juan la que hacía que el tetrarca le escuchase con agrado? ¿Era por eso por lo que velaba por la seguridad de Juan, a fin de que Herodías no pudiese dañarle?
- d. **Sentido de culpa.** Herodes sabía muy bien que había pecado repudiando a su propia esposa, robando la mujer de su hermano y casándose con ella, manteniéndola como su esposa y haciendo que el acusador, Juan el Bautista fuese arrestado, atado, y puesto en la cárcel. Para resumir, el hombre sabía que estaba sofocando la voz de su conciencia. El resultado de todo esto fue su:
- e. **Perplejidad.** Estaba “sumamente perplejo”, “terriblemente perturbado”.

Pero Herodes Antipas se endureció. El hecho mismo de que este asesino no se arrepintiese ni siquiera después de oír hablar acerca de Jesús, muestra cuán lejos se había apartado de la senda de la justicia y de la verdad. En realidad, nunca se decidió a andar por aquella senda. Negros presentimientos oscurecían su mente cuando con respecto a los rumores acerca de Jesús, exclamó, “El hombre a quien yo decapité, es decir, Juan, ha resucitado”.

Según lo descrito aquí, Herodías había fracasado en persuadir a Herodes para que matara al Bautista. Pero, al fin, llegó lo que ella debió considerar su “día de suerte”:

12. La fiesta

Llegó el día oportuno cuando Herodes, en la fiesta de su cumpleaños, daba una cena a sus príncipes y tribunos y a los altos dignatarios de Galilea. Entró la hija de Herodías y danzó, y agradó a Herodes y a los que estaban con él a la mesa. El rey entonces dijo a la muchacha:

—Pídemelo que quieras y yo te lo daré.

Y le juró:

—Todo lo que me pidas te daré, hasta la mitad de mi reino.

El día del cumpleaños de Herodes era “oportuno” o “adecuado” porque se prestaba de manera perfecta para el propósito que Herodías tenía en mente, a saber, ajustar cuentas con Juan el Bautista y asegurarse de que no sería rechazada. Esta era su “oportunidad” de oro.

La “cena” que prepararon para aquel día de celebración era, por supuesto, de naturaleza festiva; por tanto, se podría llamar un “banquete”. Según Marcos, los invitados eran de tres clases: Los “altos oficiales civiles”, de forma más literal los grandes o magnates; Los “quiliarcas”, así dice literalmente; su significado básico es el que está a cargo de mil hombres, pero el sentido más general de “tribunos militares o comandantes” es probablemente el que debemos recoger; y “los principales hombres de Galilea”, seguramente aquellos amigos de Herodes socialmente prominentes, pero sin posición oficial ni en lo civil ni en lo militar.



Salomé entró y danzó “estando el corazón del rey alegre del vino”, y por consiguiente hacia el final del banquete. Podemos imaginar la forma erótica e insinuante en que la semidesnuda muchacha danzó. Y su padraastro era un Herodes típico, según su mismo matrimonio, si así puede llamarse, con Herodías lo prueba. Los invitados serían hombres del mismo tipo. No es de extrañar que tanto el “rey” como los invitados quedasen encantados. La miraban con deleite voluptuoso.

Terminada la danza, impulsivamente Herodes le dice a la muchacha, “*Pídeme lo que quieras y yo te lo daré.*”. Como ella vaciló, él rápidamente repitió su promesa, esta vez bajo juramento. Probablemente no es aconsejable interpretar la frase “hasta la mitad de mi reino” de forma demasiado literal.

La verdad es que el tetrarca no era rey en modo alguno y, por tanto, no tenía reino que dar. Pero esta frase probablemente debe interpretarse de forma proverbial. Era un tipo de hipérbole, de modo que lo que Herodes realmente quiso decir fue algo así, “Te daré cualquier cosa que me pidieres, no importa lo que me cueste”.

13. El consejo de la madre

Saliendo ella, dijo a su madre:

—¿Qué pediré?

Y esta le dijo:

—La cabeza de Juan el Bautista.

Entonces ella entró apresuradamente ante el rey, y pidió diciendo:

—Quiero que ahora mismo me des en un plato la cabeza de Juan el Bautista.

La intriga se desarrolla tal como si Herodías misma no sólo hubiese planeado cada detalle, sino incluso como si ella hubiese estado moviendo también todos los hilos. Sus esperanzas más acariciadas en cuanto a lo que podría suceder si su hija danzaba, se vieron totalmente realizadas.

Por supuesto, la madre de la muchacha no estaba comiendo con los hombres; pero rápidamente oyó lo sucedido. El informe de Salomé a su madre concluye con la pregunta, “¿Qué le pido?” Bruscamente su madre contesta, “La cabeza de Juan el Bautista”.

Sin perder un instante, la hija, con pasos impacientes, vuelve al generoso y disoluto gobernador, y sobrepasa a su madre en insolencia descarada e imaginativa. Dice sin consideración alguna, “Quiero que me des ahora mismo, en una bandeja, la cabeza de Juan el Bautista”. La quiere aquí mismo y ahora mismo. Este es el deseo de la hija. Es también el deseo de la madre. ¡Madre e hija forman un dúo perfecto ... de crueldad! Aquí mismo y ahora mismo se debe cometer el asesinato, porque no debe haber para Juan oportunidad de escapar, ni oportunidad tampoco para que el “rey” escape del lazo en el que se había enredado él mismo.

14. La muerte de Juan

El rey se entristeció mucho, pero a causa del juramento y de los que estaban con él a la mesa, no quiso desairarla. En seguida el rey, enviando a uno de la guardia, mandó que fuera traída la cabeza de Juan. El guarda fue y lo decapitó en la cárcel, trajo su cabeza en un plato y la dio a la muchacha, y la muchacha la dio a su madre.

El rey estaba “angustiado”, dice Mateo; “dolorosamente angustiado” o “profundamente triste” dice Marcos. Se podría preguntar: “¿Cuáles eran las razones de estos tormentos emocionales?”. Para responder, los siguientes puntos merecen una consideración:



- a. Herodes siempre había estimado a Juan, y le inquietaba mucho la idea de matarlo. Su conciencia le decía que asesinar a Juan, que no sólo era inocente, sino también justo y santo, era un crimen terrible.
- b. Estaba consciente de que la gente en general tenía a Juan por profeta. Por tanto, debió preguntarse, “¿Qué pensará la gente de mí, si concedo a Salomé su gran deseo?”
- c. También debía darse cuenta de que su esposa le había atrapado con astucia en aquella situación difícil y que ella, después de todo, se saldría con la suya.

Se podría aducir que la forma de salir de esta complicación habría sido decir a Salomé, “Yo prometí favorecerte con un regalo; no prometí cometer un crimen”. O tal vez, “Yo te hice la promesa de un regalo a ti, no a tu madre”.

Pero el terco orgullo de Herodes, su temor de quedar mal delante de sus camaradas, los invitados que habían oído su promesa respaldada con juramento, le impidió decir: “¿Cómo, pues, haría yo este gran mal y pecaría contra Dios?” El orgullo consiguió vencer a cualquier otra consideración, incluyendo la voz de la conciencia. De modo que ordenó a uno de sus guardias, a un verdugo, que le trajera la cabeza de Juan. Como la prisión donde Juan estaba era con toda probabilidad parte del palacio de Macaerus, el verdugo no tuvo que ir muy lejos. Decapitó a Juan y, según lo pedido, llevó a la joven la cabeza de Juan en una bandeja, y ella se la dio a su madre.

La historia de Juan el Bautista concluye de la siguiente manera:

15. El sepelio

Cuando oyeron esto sus discípulos, vinieron y tomaron su cuerpo, y lo pusieron en un sepulcro.

Por Mateo sabemos que a estos hombres se les había permitido visitar a su maestro en la cárcel. No es extraño entonces que se les permitiese dar entierro honroso a su cuerpo decapitado.

¿Qué pasó con los discípulos de Juan? Es evidente que algunos de los primeros discípulos de Cristo habían sido anteriormente discípulos de Juan. Muchos de los otros discípulos de Juan el Bautista debieron seguir el mismo ejemplo. También ellos habían llegado a ser seguidores de Jesús, que era exactamente lo que Juan, estando aún vivo, deseaba que hiciesen. La conclusión que se puede sacar de Mateo 14:12 (“Y fueron y dieron las nuevas a Jesús”) es que en aquel momento también sus discípulos tenían relaciones amistosas con Jesús; en realidad, creyeron en Él. Aunque es verdad que más de veinte años más tarde hubo en Éfeso, por tanto, muy lejos de Palestina, ciertos seguidores de Jesús, incluyendo incluso a Apolos, que “conocían sólo el bautismo de Juan” y que no habían oído acerca del derramamiento del Espíritu Santo, es un hecho también que cuando aquellos hombres recibieron más instrucción, estuvieron listos de inmediato para recibir el bautismo cristiano.